

INCENDIO EN LA CASA

A Horacio, Bertha, Tatiana y Mauricio.

I N D I C E

La llamada	1
Mi papá	3
El encuentro	6
Mi mamá	8
En casa de los Correa Angel	10
Iván	11
Y cómo fue la cosa	15
Cuando nuestra casa ardió	19
Y el almacén	21
Orlando	22
Y después qué	26
Apéndice (Reseña histórica de Salamina)	30

L A L L A M A D A

Riiiiiiing... Riiiiiiiiiiiiing... Riiiiiiiiiiiiiiiiing.

Desperté sobresaltado. No es usual recibir llamadas a las cuatro de la mañana.

- A la orden?

- Quién habla?

- Fulano de tal, qué necesita?

- Lo llamo desde Salamina; usted no me conoce, pero eso no interesa en este momento. Quiero informarle que hay un incendio en la casa de su papá.

- Cómo? Quién es usted?

- Soy una amiga de su mamá -posteriormente me enteraría por ella de que se trataba de Gloria Inés Arcila- el hecho es que la casa de ustedes y las de enseguida, están ardiendo desde la media noche. Prácticamente media cuadra ha desaparecido por efecto de las llamas.

- Explique un poco -le inquirí.

- El incendio empezó en el Café Centro Social quemándose también la casa de "Foto Gómez", después siguió el Almacén Mora Hermanos y la casa en que vive Fabio Jiménez, luego el Café San Fernando con la casa de ustedes; ahora están ardiendo también las casas de Don Alberto Serna y de José Manuel Mejía o sea donde está el almacén de su papá.

- Como están él, mi mamá y mi hermano?

- Bien, no les ha pasado nada.

- Muchas gracias.

Colgué el teléfono aturdido.

Si sería verdad?

Y si a alguien le hubiera dado por hacer un chiste de mal gusto?

Y de ser cierto, qué le habría ocurrido a mis papás y a mi hermano?

Encendí (qué palabrita esta!), el radio que estaba sobre la mesa de noche, y a los pocos minutos, en el noticiero, confirmaron el hecho.

Llamé a Iván -mi otro hermano, pues somos tres- a Bogotá, hoy pomposamente denominada Santafé de Bogotá, para ponerlo al tanto, pero me encontré con que ya estaba enterado.

Mi mamá, minutos antes, lo había llamado a darle la noticia.

La conversación había transcurrido más o menos en los siguientes términos:

- Te llamo para que sepas que todos estamos bien -le había dicho ella-.

- Cómo así? -había respondido él somnolente. Y por qué está llorando? Eso qué significa? Qué está ocurriendo?

- Que hay un incendio y la casa se está quemando. Te estoy llamando desde la casa de Helenita Angel; Olguita me dio tu teléfono, pues el directorio se quemó.

Olga era una hija de Doña Helena, con la que Iván sostenía una gran amistad.

- Yo tengo una reunión en el trabajo y creo que no podré ir.

- Te estoy llamando solo a contarte para que no te alarmes cuando sepas la noticia por otras fuentes, pero en realidad no te estoy invitando a que vengas, ya que ni siquiera tenemos donde recibirte, pues... -lo dijo entre sollozos- la casa se quemó.

Así pues, cuando hablamos por teléfono, usted que se le ha medido a la lectura de este relato, imaginará el estado en que nos encontrábamos.

Empezamos a hablar de cosas intrascendentes, pero ninguno de los dos entraba en materia; cuando por fin hablamos del incendio, convinimos en trasladarnos a Salamina.

Le dije que tratara de hacer el viaje en avión, pues si lo hacía en bus, la ansiedad lo iba a destrozar durante el largo trayecto.

El me respondió que trataría de hacerlo así y colgamos el teléfono.

Era el miércoles 18 de mayo de 1977.

Lo más práctico era trasladarme de inmediato al aeropuerto Olaya Herrera (aún no existía el José María Córdoba), para tomar el vuelo de las 6 de la mañana a Manizales y luego, por tierra, llegar a Salamina.

Después de bañarme y arreglarme, hice rápidamente la maleta, y me puse a esperar el taxi que acababa de solicitar telefónicamente.

Los minutos eran interminables pero por fin llegó y de inmediato me trasladó al aeropuerto, que por fortuna quedaba muy cerca, pues, para esta época, yo vivía en el sector del Estadio Atanasio Girardot.

Ya dentro del avión, un Twin Otter de Aces, me ubiqué en ventanilla al lado izquierdo, con la esperanza de poder divisar a Salamina (estos aviones vuelan relativamente bajo), cuando pasáramos sobre ella, pues la ruta usual era siguiendo el curso del río Cauca, por lo que, a la altura de "La Felisa" (aún no se había construido puente en este sitio), se observaban a lo lejos las estribaciones de la cordillera, y enclavada en una de sus laderas, la "Ciudad Luz" como es llamada por ser cuna de destacadas personalidades de las letras, las artes, la ciencia, la política y otras disciplinas, que le dan lustre.

Me hundí en mi silla, y también en mis pensamientos.

Cómo iría a encontrar a mi familia?

M I P A P A

El ha sido un hombre luchador, que llegó recién casado a Salamina, donde se dedicó al comercio al detal.

Inicialmente le compró a Humberto Correa un almacén de regalos, con muy buenos productos, pero muy caros -marcados con un margen de utilidad muy alto- y mal exhibidos, pues permanecían envueltos o en cajas.

Para comprarlo tuvo que incurrir en deudas por valor de quince mil pesos.

Una vez hecho el negocio, debió viajar dos semanas a Aranzazu, para entregarle a su hermano, Gerardo, el almacén que, como empleado, le había venido manejando los últimos años.

Al regresar se encontró con la triste noticia de que en esos quince días, sólo se había vendido un peso con cincuenta centavos.

De inmediato resolvió cerrar durante tres días; se dedicó a desempacar la mercancía y exhibirla atractivamente, a la vez que rebajó los precios a márgenes razonables.

Reinauguró su almacén, y con particular éxito inició su actividad comercial en Salamina, actividad que terminó con el incendio al que nos estamos refiriendo.

Posteriormente tuvo ferretería y, durante los últimos veinte años, almacén de ropa, cuyo nombre cambiaba según la marca de vestidos masculinos que estuviera distribuyendo, llamándose sucesivamente Camel, Gales, Everfit y Clubman.

En alguna época le había comprado a Emil Taleb el Almacén Colombia, que luego había integrado al Clubman.

Con esfuerzo había levantado la familia compuesta por Bertha mi mamá, mis hermanos Iván y Orlando y yo, como solía decir a sus amigos: "Hijos de pobre pero criados a toda leche".

Muy aficionado a los caballos, especialmente trotones galoperos, había presentado algunos ejemplares en exposiciones de primera categoría, consiguiendo algunas cintas y trofeos de los que vivía sumamente orgulloso.

Sus historias de soltero, en muchos casos, van ligadas a pasajes en que su caballo "Poker" es el protagonista, de la misma forma en que hoy, Orlando tiene a "Cantinerero", peligroso ejemplar que solo él y los más duchos saben manejar, pero que tal vez, precisamente por eso, es el de su predilección.

Aficionado a la música, había pertenecido a la Banda de Guerra, durante el tiempo que prestó Servicio Militar. Poseía un magnífico acordeón Honner -hoy en cenizas-, en el que tocaba a oído, con gran propiedad, cualquier canción que supiera "tararear", principalmente en las noches en que se iba la luz, ocurrencia que de hecho, era muy frecuente en Salamina.

Interpreta también la dulzaina, la marimba , el piano y el órgano.

Gozaba -y goza- del aprecio de las gentes de bien.

Es muy cumplido en sus compromisos económicos y comerciales.

De joven, en su natal Aranzazu, fue monaguillo de Monseñor Carlos Isaza Mejía, a la sazón Cura de esa parroquia, quien luego de una vida ejemplar y fructífera, cuyo relato requeriría de varios volúmenes, murió en olor de santidad -ya se conocen algunos milagros-.

Estudió un año en el Seminario, pero se dio cuenta de que su misión no estaba en el sacerdocio.

De gran sentido comercial, en el almacén vendía variedad de productos, principalmente ropa masculina y femenina de marcas prestigiosas, así como regalos y juguetería.

Su afabilidad y sentido del humor, se ponían de manifiesto, especialmente, cuando estaba atendiendo algún cliente que no se incomodara con sus chanzas, ocasiones por cierto muy frecuentes, sobre todo cuando el cliente no se daba por enterado del show en que estaba participando.

No puedo olvidar que muchas veces tuve que esconderme en la trastienda a reír solo, para evitar que el comprador se molestara y por ende, se malograra la venta y se perdiera definitivamente el cliente.

No era para menos verlo trapear -literalmente- el piso con el saco del interesado, ensurullar un sombrero de fieltro y pararse en él, o desplegar un par de enormes brasieres con la consiguiente argumentación, todo sin dejar que el o la cliente se molestara, sino por el contrario, consiguiendo excelentes ventas y ratificando su condición eximia de vendedor.

En alguna ocasión, por error, alguno de sus proveedores le despachó un par de zapatos mal empacados -el izquierdo número 38 y el derecho 39- y él encontró a quien vendérselos, convenciendo a uno de sus clientes de que tenía un pié más grande que el otro.

A los hijos nos trató con delicadeza pero severidad y, con gran inteligencia, nos fue formando con un estilo muy personal en que nos permitía algunas licencias, pero dentro de un entorno de responsabilidad y esfuerzo.

Sus sanciones consistían casi siempre en un correazo muy fuerte, pero sin ensañarse; no nos perseguía para darnos la "pela", sino que nos llamaba, anunciándonos que nos iba a castigar por tal o cual razón; uno debía acudir, pues en caso contrario, ya no se hacía merecedor a un solo fuetazo, sino a dos por haber desobedecido.

Tenía algunas formas muy peculiares de proceder.

Recuerdo, por ejemplo, que en mi infancia, era costumbre que los niños tuviéramos una alcancía de ahorros de la Caja Agraria (preciosa mini-caja fuerte metálica que muchos recordamos con nostalgia), la cual, periódicamente, uno llevaba a la oficina donde el cajero la abría y consignaba las monedas en una cuenta de ahorros, registrando manualmente la operación en la correspondiente Libreta de Ahorros -cuán lejos estábamos de los cajeros electrónicos y los extractos por computador!

Pues bien, en una de estas ocasiones me dirigí al cajero -se llamaba Marino Escobar- por su nombre, sin anteponerle el "don".

Cuando mi papá se enteró, me obligó a ir a ofrecerle excusas al señor Escobar, por haberlo tratado con tanta familiaridad.

Cursando yo el cuarto bachillerato, llegué a dormir a altas horas de la noche y, para mi sorpresa, la cama estaba ocupada.

Mi papá se había acostado en ella.

Así pues, opté por acostarme junto a mi mamá, pero a los pocos minutos llegó él, diciéndome que me pasara para la mía, pues, precisamente, la ocupaba con el fin de que tuviera que despertarlo, enterándose así de la hora de llegada, cuando era muy tarde.

Si no estaba demasiado retrasado, debía apagar la luz de su alcoba -momento en que se despertaba y tosía suavemente-, con lo cual tenía un control absoluto sobre mis horarios nocturnos.

En otra ocasión, tal vez ya cursaba el sexto bachillerato, llegué muy tarde a casa y, obviamente, lo encontré acostado en mi cama; él se levantó en silencio y sin decirme nada ni mirarme se fue directamente a su habitación.

Al día siguiente -o mejor a la noche siguiente- volví a entrar tarde y él procedió exactamente de la misma forma.

A la tercera noche, nuevamente me demoré; se levantó y me miró fijamente por largo rato y luego, sin decir nada, se fue a su cama.

A la cuarta noche, un tanto cabeciduro, otra vez llegué tarde; esta vez se levantó y me dijo:

- Hijos bellacos, algún día la pagarán, ustedes también van a tener hijos.

Y sin decir más se dirigió a su cuarto.

Llegó la quinta noche consecutiva y yo me volví a emparrandar -ahora se dice rumbear-; cuando llegué me dijo:

- Definitivamente ustedes no entienden sino a las malas. Si esta noche no llega antes de las diez -esta era la hora permitida normalmente- no regrese más, porque esta casa estará definitivamente cerrada para usted; si se siente muy hombre, séalo también para procurarse su sustento y sus parrandas.

Esa noche llegué a tiempo.

El cumplía sus amenazas así como sus promesas, por sencillas o complicadas que fueran; estoy casi seguro de que esa también la habría cumplido... más valía la pena no hacer el ensayo.

Ha sido un hombre justo e inteligente a quien respeto mucho.

Para la época del incendio poseía la casa en que vivía con mi mamá y mi hermano -yo llevaba siete años viviendo en Medellín e Iván vivía en Bogotá hacía seis- en el marco de la plaza, de construcción y estilo antiguos. Salamina fue declarado Patrimonio Nacional por su arquitectura.

El local del primer piso lo había alquilado para funcionamiento del café San Fernando de don Julio Hincapié.

Al doblar la esquina -en la misma manzana- sobre la Calle Real, quedaba el Almacén Clubman en el local propiedad de don José Manuel Mejía, local que prácticamente lindaba por el fondo en forma de escuadra con el interior de la casa.

Agreguemos a esto el automóvil y, más o menos, tenemos una radiografía de su patrimonio, el que, sin ser muy alto, le permitía llevar una vida con algunas comodidades para él y la familia.

Pues bien, cuando el avión pasó cerca de Salamina, pude observar una humareda que se levantaba desde el centro, aunque sin poder precisar muy bien las características en su base, debido a la altura del aparato, pero también a que el día estaba un poco nublado.

No obstante, se confirmaba que lo que había ocurrido, era de grandes proporciones.

Mi angustia era enorme al saber que todavía faltaba llegar al aeropuerto de Manizales, luego a la flota de taxis, para posteriormente dirigirme al lugar mismo de los acontecimientos en Salamina.

Qué estaría ocurriendo en ese momento?

Qué pertenencias se habrían salvado?

Estaría la casa en muy mal estado?

Cómo habrían reaccionado mi papá, mi mamá y mi hermano?

Dónde estarían alojados?

Qué otros vecinos se habrían visto perjudicados?

Cuál habría sido la causa del incendio?

Las preguntas se atropellaban unas a otras, pero las respuestas no se vislumbraban por parte alguna.

E L E N C U E N T R O

Continuamos la ruta y la ciudad se fue haciendo cada vez más borrosa, hasta perderse entre nubes y montañas.

El avión se posó sobre la pista del aeropuerto "La Nubia" de Manizales.

En un vehículo de servicio público me dirigí al centro de la ciudad, a la flota de taxis intermunicipales.

Como faltaban dos pasajeros para completar el cupo del automóvil, pagué tarifa doble y nos dirigimos a Salamina.

Apenas empezaba el tramo largo: hacía menos de una hora había salido de Medellín, y me faltaban más de dos horas para estar en la casa (casa es un modo de decir, pues ya no existía).

Los pasajeros no estaban enterados del hecho y fui más bien yo quien les dió la noticia; no supusieron que la conflagración hubiera sido de las dimensiones que fue.

Pasamos por Neira y después por Aranzazu; la carretera no era pavimentada -como hoy- y por tanto el viaje era muy incómodo.

El día era frío aunque no estaba lloviendo.

En la medida en que nos acercábamos crecía mi ansiedad.

Ya en las goteras de la ciudad, mi mente sólo se preocupaba de lo que iría a ver cinco minutos después, imaginando todas las posibles situaciones.

Llegamos a Las Galerías -o plaza de mercado- y enfilamos por la Calle Real.

La calle se me antojó más sola que de costumbre, unas cuadras más adelante se veían los árboles del parque que sobresalían por encima de los entejados.

Faltando media cuadra se veía ya el corrillo de personas que seguramente estaban noveleriando.

Finalmente, el carro entró al parque y estacionó frente a lo que había sido la casa.

El cuadro no podía ser más desolador.

De las que otrora habían sido imponentes, aunque antiguas casas, únicamente quedaban ruinas.

Sólo las tapias de la fachada habían resistido la fuerza de las llamas.

No quedaba nada del techo.

No quedaba nada del segundo piso.

El suelo y el andén estaban llenos de escombros humeantes aún.

Realmente no eran escombros, eran brasas y cenizas.

Prácticamente media cuadra se había convertido en un inmenso lote.

Tres casas con sus locales completamente quemadas, entre ellas la de mi papá, y una cuarta semidestruida a punto de venirse a tierra.

Una vida de esfuerzos estaba ahora en cenizas.

Para colmo de males, mi papá nunca la había asegurado.

Me acerqué a él sin lograr desatar palabra.

Estaba en pantuflas, con pantalón de paño, compañero de un saco que ya no existía, la camisa de la pijama y encima la levantadora, recogida a la cintura con un nudo.

Pálido y ojeroso, sin afeitarse, despeinado y en semejante figura, pero digno y sereno, haciendo gala de gran estoicismo y valentía, nunca podré olvidar ese momento.

-Por qué no se ha puesto una camisa pa?

-Así estoy bien, además toda la ropa se quemó, esto fue lo único que me quedó. Ahí mismo, sobre el pavimento, abrí la maleta y le entregué una camisa color caqui -usaba la misma talla que mis hermanos y yo-.

El incendio estaba completamente dominado.

Mientras algunas máquinas de bomberos habían recogido las mangueras y se aprestaban a regresar a sus ciudades de origen, los de Salamina seguían remojando los escombros, pues, de cuando en vez, alguna llamarada trataba de reactivarse en algún sitio, pero de inmediato era sofocada.

Entre él y Orlando me pusieron al tanto, haciéndome un sucinto relato de lo que había acontecido en esa noche.

Todo eso lo transcribiré más adelante.

-Y mi mamá dónde está?

Hasta hace poco estuvo aquí, pero ahora se encuentra en la casa de Don Elías Correa, una de las muchas familias que nos han ofrecido sus viviendas, mientras se resuelve qué vamos a hacer.

Se trataba precisamente de la misma casa desde la que ella había llamado a Iván a darle la noticia.

De inmediato salimos para allá, ellos vivían por el sector de San Juan de Dios, al frente del Colegio de la Presentación, a saludarla y, en fin, a estar juntos.

M I M A M A

De ella puede decirse todo lo bueno que se pueda decir de alguien.

Se había educado con las Hermanas Vicentinas, pero antes de terminar su bachillerato -a los 17 años- había dejado las aulas para casarse.

Ya en Salamina, se dedicó completamente al cuidado -y qué cuidados!- de sus hijos y su hogar.

Ha sido siempre admirada por su belleza, virtud, religiosidad, cordialidad, espíritu caritativo, delicadeza en el trato y en fin, muchos atributos con los que Dios la ha adornado.

En muchas ocasiones, mis conocidos han creído que ella y yo somos hermanos - hasta "saludes" le han enviado- y no faltó quién supusiera que era una amiga especial o "encarrete" como se decía.

Su acendrado espíritu religioso se manifiesta de muchas formas:

Prácticamente todos los días asiste a la Santa Misa, y si sus ocupaciones se lo permiten, escucha varias, una a continuación de otra.

Es común que al salir de la casa se le pregunte a dónde va, y conteste que a la Iglesia a un entierro, y al inquirirle acerca de quién se murió, responda que no sabe, pero como oyó doblar las campanas, alguien estará en momentos difíciles y ella va a hacerle compañía.

Ha sido miembro activo de diversas asociaciones pías, como las Damas de la Acción Católica, el Discretorio de San Francisco, la Cruzada Social, la Archicofradía de las Animas y otras que no recuerdo.

Se ha vinculado a diversas actividades cívicas como El Regalo del Niño Pobre, el Asilo de Ancianos, la Cárcel Municipal, la Casa Campesina, el Taller San Vicente de Paul, Escuela Federico Ozanam, y en fin, cuanta actividad de beneficio comunitario ha tenido lugar.

Las personas de escasos recursos siempre han encontrado en ella alguna ayuda en la medida de sus capacidades, bien sea un consejo, algo de comer, una recomendación.

Muchos la han tenido como ayuda providencial; baste decir que los hijos de una señora muy pobre, cuando querían ir a la casa, le decían a su madre que los llevara donde la Virgen del Perpetuo Socorro.

Sus castigos, generalmente consistían en prohibiciones de hacer o comer alguna cosa que nos gustara particularmente.

Cuando, eventualmente, nos daba una "pela", lo hacía con una correita desflecada que llamábamos pretina, y que a veces escondíamos, luego de alguna pilatuna, pues, si no la encontraba se abstenía de hacerlo con la mano, ya que consideraba que estas solo debían usarse para dar y no para castigar directamente.

Cuando cursaba yo el quinto elemental en el Colegio Pío XII, mi mamá nos acostumbró a Iván y a mí, a levantarnos a las 4:30 de la mañana para asistir a misa en la Iglesia.

Dado lo temprano de la hora, casi nunca asistía el acólito asignado, con lo cual mi hermano y yo nos fuimos convirtiendo en monaguillos oficiales de la primera misa del día.

En alguna ocasión nos regaló de Navidad los ornamentos sacerdotales completos, elaborados en talla pequeña, por las mismas monjas que fabricaban los de la mayoría de las parroquias del departamento de Caldas.

Estoy seguro de que una de sus mayores realizaciones habría sido tener un hijo sacerdote, y aunque Iván y yo estuvimos dos y tres años respectivamente en el Seminario Menor, no fue suficiente para acceder al sacerdocio; aunque ingresé creyendo tener vocación, durante mi permanencia allá conseguí novia, lo cual era de por sí una incompatibilidad de marca mayor, pero eso sería tema de otra historia.

Cada que íbamos a pasar vacaciones, sabíamos que la despedida para regresar al Seminario, una vez terminadas, sería muy luctuosa, pues ella empezaba a llorar desde el día anterior.

Aún hoy, con más de 20 años de estar viviendo fuera de la casa, se queda bañada en lágrimas, cada vez que se llega el momento de despedirnos, después de algunos días en su compañía.

Cuando había algún disgusto en la casa -imposible que ocurriera con ella- era quien suavizaba las cosas, y conseguía que la armonía sucediese prontamente a la tempestad, que entre otras cosas, raras veces era muy fuerte.

Experta en culinaria, preparaba, y prepara todavía, potajes que pueden competir en sabor y presentación con los del más consumado chef.

Ha sido la asesora en estos menesteres para las fechas especiales de la familia.

Escribe con gran fluidez y rico vocabulario, y su letra es de las más bellas que conozco, por lo que usualmente oficiaba de secretaria de las agremiaciones a las que pertenecía.

De excelente dormir, su hora de irse a la cama ha sido alrededor de las siete y media u ocho de la noche, y si no lo ha hecho a las nueve y media ya se considera trasnochada.

Duerme como un lirón, de tal manera que, cuando llamo telefónicamente a saludarla, debo cuidarme de hacerlo antes de que se acueste, so pena de que no despierte a pesar de tener un teléfono en su mesa de noche.

E N C A S A D E L O S C O R R E A A N G E L

Pues bien, con mi papá y Orlando, llegamos a la casa de don Elías y doña Helena, situada en la calle séptima entre carreras séptima y octava.

Subimos las escalas que parecían mil.

Luego del saludo de rigor, doña Helena y su hija, nos invitaron a seguir a la alcoba en que se encontraba mi mamá.

Allí estaba sentada, con el rostro entre las manos, llorando en silencio.

Cuando me vio me abrazó y me dijo:

-Rey, Dios nos lo dio y Dios nos lo quitó.

Rey era el trato cariñoso que nos daba desde niños y que, aún hoy, nos sigue prodigando lo mismo que a los nietos.

El momento y la frase eran sobrecogedores, como para decir algo más.

Creo que permanecemos en silencio un gran rato.

Ella vestía un "deshabillé" rosado.

Entre sollozos, sus primeras palabras fueron para alabar a Dios, y hacer un reconocimiento de Su omnipotencia como Amo y Señor de todas la cosas.

Después para agradecer la gentileza y amabilidad de quienes, por fuerza del destino, éramos hoy huéspedes inesperados.

Luego se refirió, en los términos más elogiosos, a quienes los habían rodeado durante la conflagración misma.

Desde la media noche, había permanecido en el parque, rodeada de los amigos de la casa -y también de los no tan amigos-, todos tratando de hacer más llevadera la situación.

Varios la invitaron a sus respectivas casas a que durmiera un poco, pero ella no aceptó por considerar que debía permanecer junto a mi papá; sin embargo, después de las tres de la mañana, accedió a la sugerencia de ir a tomarse un café a la casa donde nos encontrábamos en el momento, y aprovechar para llamar a Iván a Bogotá y enterarlo de los acontecimientos.

A mí no tenía que llamarme, pues, Gloria Inés Arcila ya se había ofrecido para buscar mi número telefónico, y hacerlo ella misma, como efectivamente lo hizo, según lo he consignado al inicio de este libro.

Después del tinto y de comunicarse con mi hermano, había regresado al lugar de los hechos, donde se había quedado hasta después de las 7 de la mañana.

Una vez consumido todo y dominado el fuego, había vuelto, esta vez a procurar descansar un poco, lo que no había podido lograr.

Realmente, muchísimas personas, cada cual a su manera, se habían preocupado por hacer menos amargas las horas que habían permanecido viendo arder la casa, y con ella los enseres, los recuerdos, los esfuerzos y las ilusiones de una vida.

Durante el desayuno hablamos de los acontecimientos, pero no muy detalladamente, pues debíamos regresar al parque a iniciar la remoción de escombros, y a estar presentes para lo que fuera necesario.

Así lo hicimos y de nuevo los tres nos dirigimos al parque.

Los bomberos enrollaban sus mangueras, algunas personas husmeaban entre los restos calcinados, los recién llegados comentaban incrédulos lo acontecido, mientras los más madrugadores los ponían al tanto, en fin, se desarrollaba una febril actividad en el sitio.

Al poco rato llegó un taxi, en el que el único pasajero era Iván.

Había viajado en avión a Manizales, y allí un amigo suyo, Aurelio Gómez, según lo habían convenido, le envió un taxi que tenían en compañía, para que lo llevara directamente a Salamina.

Le fue muy bien, pues pudo hacer el último trecho del viaje sin cambiar de carro, sin escalas y a mayor velocidad.

Si no había llegado antes se debió a problemas con los itinerarios de las aerolíneas.

Así pues, ya estaba la familia reunida, y tan unida o más que nunca, pues, dicho sea de paso, en todas las ocasiones, buenas y malas, hemos sido unidos como los que más.

I V A N

Nació cuando yo tenía año y medio, por lo cual nos levantamos muy parejos, pues la edad tan similar, hacía que tuviéramos mucho en común, por ejemplo, amigos, juguetes, actividades de esparcimiento etc.

Hicimos la Primera Comuni3n el 15 de Agosto de 1959, d3a en que por ser la festividad de la Asunci3n de la Virgen Mar3a, la hac3amos todos los ni1os de los colegios de Salamina.

Como excepci3n, nos prepar3 la hermana Magdalena en el Colegio de la Presentaci3n, a pesar de estudiar en el P3o XII, y el desfile, lo hicimos encabezando la fila de las ni1as, en la procesi3n que, para tal acontecimiento, se realizaba por las principales calles.

Para conmemorar la fecha, mi mam3 orden3 la impresi3n de unos preciosos recordatorios, cuya oraci3n era:

"Hall3 por fin, lo que mi pecho ansiaba, ya el cielo sus delicias me otorg3; hall3 a Jes3s que dulcemente entraba, dici3ndome amoroso: aqu3 estoy Yo."

Fuimos excelentes estudiantes durante la Primaria (valga la aclaraci3n, pues posteriormente las cosas variaron un poco).

Estando 3l en cuarto de primaria, y yo en quinto, el Ni1o Dios nos trajo los Ornamentos Sacerdotales, y mi mam3 asist3a a dos misas que dec3amos seguidas, en una oficiando yo y 3l de ac3lito, y la siguiente en papeles inversos.

Huelga decir que la hostia del que celebraba, era una arepita especialmente preparada por ella para el efecto.

El primero y el segundo de bachillerato los curs3 en el Seminario Menor de Nuestra Se1ora del Rosario de Manizales.

Yo hab3a ingresado al Seminario un a1o antes y estuve hasta tercero, es decir que, durante dos a1os estuvimos juntos all3.

De esa 3poca habr3a mucho que contar, como las visitas dominicales que nos hac3an los familiares, pero principalmente Carlos Salazar y Carlina Alzate, primos respectivamente de mi pap3 y mi mam3, llev3ndonos solaz y entretenimiento los d3as que no pod3amos salir a la ciudad.

As3 mismo, las salidas a Manizales, en las que la prima Rosa Julia nos ense13 los primeros pasos de baile, que nosotros practic3bamos en fiestecitas vespertinas con algunas amigas, a trav3s de las que nos fuimos dando cuenta de que nuestra vocaci3n sacerdotal no era precisamente la m3s fuerte.

Tom3bamos las cosas un tanto deportivamente y ten3amos algunas formas sui generis de manifestar nuestra devoci3n:

Era costumbre todas las noches rezar el Rosario en comunidad, y alguno de los seminaristas, deb3a entonar en voz alta, y a la vez, ofrecer cada decena de Avemar3as, por la intenci3n que considerara conveniente; esto me permit3a tomar el pelo sin que los sacerdotes nos pudieran rega1ar, pues acostumbraba rezar por cuestiones como las intenciones de Sophia Loren, Liz Taylor y otras estrellas del celuloide, la conversi3n de Fidel Castro o Nikita Krushev, el eterno descanso del alma de Carlos Gardel, Beethoven, Crist3bal Col3n, Cleopatra, Leonardo da Vinci etc. en fin, una manera de divertirse sin que pudiera ser recriminado.

Al finalizar tercero de bachillerato, me retir3 del Seminario -Iv3n sigui3 unos meses m3s- y me fui a estudiar a Manizales, al Colegio San Luis Gonzaga, regentado por los Jesuitas, donde adem3s de las sabias ense1anzas de los profesores, aprend3 a fumar, pues en los recreos lo permit3an a los estudiantes

de cursos superiores, y como no me podía quedar atrás, a punto de mareadas en el bus conseguí igualar a mis avezados compañeros.

El hecho de continuar en Manizales, y no en Salamina, se debió a que por esos días la familia se trasladó a vivir a esa ciudad. La estadía fue efímera, ya que a mi papá no le fue en el almacén como esperaba, y a Orlando le sentó muy mal el clima (se le intensificó el asma); así pues, optó porque nos regresáramos a Salamina y por lo tanto los estudios de bachillerato los culminamos en el Colegio Pío XII, en esa época regentado por los Hermanos Lasallistas de las Escuelas Cristianas.

El quinto y sexto bachillerato los cursamos integrados al Colegio de la Presentación (femenino), en un ensayo que solo durante estos dos años se hizo, y que nos permitió una experiencia inusual en esa época.

Los novios se sentaban en pupitres contiguos, pero cuando tenían problemas se ubicaban en extremos opuestos del salón de clase; así pues, vivíamos perfectamente enterados de los disgustos que se suscitaban entre parejas como Rubén Darío Maya y Bertha Ceballos, Guillermo Trujillo y Luz Helena Angel, Rodolfo Linares y Gloria Ceballos, noviazgos que, dicho sea de paso, no culminaron en matrimonios.

De los últimos años de bachillerato, hay tema como para escribir un libro (que es precisamente lo que estoy tratando de hacer), pero como ese no es el asunto principal, solo narraré alguna que otra anécdota de esa época.

Existían las "repichingas", reuniones de sábado o domingo en la tarde, que tenían lugar en la casa de alguna amiga, para lo cual se hacían enormes "vacas", no tanto por la cantidad de dinero que se recogía, sino por el número de mini-aportes, y nos reuníamos grupos que podían fluctuar entre las veinte y cincuenta personas.

Al son de la radiola -aún no se había generalizado el uso del equipo de sonido- bailábamos a punta de discos de música movida como Tina, En tu pelo, La burrita, La danza de la chiva, El conductor; música go-go como Submarino Amarillo, La bamba, Lupe, Ametrallando, Rock and Roll loco; baladas como Yo soy aquel, Como lo hice yo, Te seguiré, Tu voz, La chica del billete; boleros como Novia mía, Únicamente tu, Cosas como tu, Ansiedad, y obviamente los tangos y rancheras cuando la rumba estaba terminando, todo ello en interpretaciones de Los Diplomáticos, Los Teen Agers, Los Yetis, Raphael, Sandro, Enrique Guzmán, Cesar Costa, Víctor Hugo Ayala, Alci Acosta, Cuco Sánchez y no se si doscientos o trescientos más, que aún me emocionan, y me ponen la piel de gallina cuando tengo ocasión de escucharlos.

Estas reuniones se hacían generalmente en casas de niñas, pero como nosotros no tuvimos hermanas, nos tocó organizarlas y atenderlas, para que a su vez, nos invitaran -similarmente le tocó a Orlando León González Zabala que tampoco tuvo hermanas-.

Era un programa muy común darle vueltas al parque en grupos de tres o cuatro compañeros, rondas que fácilmente podían llegar a veinte o treinta en la noche, y como otros amigos podían estar caminando en sentido contrario, implicaba cuarenta o sesenta saludos (pues cada media vuelta se topaban), al mismo grupo de paseantes.

En la casa nos permitían reunirnos a tomar algunas copas con los amigos hasta altas horas de la noche -tertulias las llamábamos- con tal de que no estuviéramos en la calle, sin embargo, a veces abusábamos del tiempo.

Una vez, por ejemplo, estábamos con Rubén Darío Maya, Jairo Nieto, los hermanos Linares y alguien más que no recuerdo; departíamos muy agradablemente, incluso habíamos abierto la despensa y nos habíamos dado un banquete de sardinas, salchichas, crema de leche, y quien sabe qué otros enlatados.

Como el tiempo pasaba y la fiesta no terminaba, mi papá -siempre dentro de su particular estilo de hacer las cosas-, optó por levantarse y arreglarse con el fin de que nos diéramos cuenta de que ya eran como las cuatro de la mañana.

Se vistió y empezó a afeitarse frente a un espejo, junto al sitio en que estábamos reunidos.

Rubén Darío, sin percatarse de su motivo, decía:

-Vean a don Horacio tan madrugador, como se va para misa.

El continuó arreglándose, pero habiendo entendido ya el mensaje, despachamos a los compañeros.

De nuevo se empiyó y se acostó, suponiendo que habíamos tomado tanto, que incluso alguno había trasbocado algo blanco en el suelo, cuando realmente se trataba de parte de la crema de leche que se nos había regado.

Era su forma de no hacernos quedar mal con los amigos, armando escenas incómodas al regañarnos frente a ellos, pero de todas formas induciéndonos a hacer lo debido.

Mi hermano, en estas ocasiones, solía colocar sobre una pierna, la fotografía de la novia o amiga especial para irla recordando entre libaciones.

Iván empezó a interesarse por la política, y fue así como se enroló en las filas del partido liberal, a la sazón orientado en Salamina por Germán Mejía Duque.

Hizo proselitismo activamente, y hasta sus discursos se echó en la plaza pública.

Al culminar su bachillerato, se fue a estudiar economía en la Universidad Jorge Tadeo Lozano de Bogotá, pero al segundo semestre se retiró para continuar en la Gran Colombia.

Tuvo la suerte de que el gobierno del doctor Misaél Pastrana Borrero, emitiera un decreto por el cual, todos los bachilleres de 1970, quedaban exentos de prestar el Servicio Militar, con lo que descansó mi mamá, quien venía muy preocupada por la posibilidad de que nos tuviéramos que alistar en las filas del Ejército Nacional.

En Bogotá se desempeñó durante un tiempo como asistente auxiliar del Parlamentario Mejía Duque, lo que le permitió algunas comodidades mientras adelantaba sus estudios superiores.

Posteriormente se vinculó a la Contraloría General de la República, adscrito a la auditoría ante el Departamento Administrativo del Servicio Civil (DASC), y luego al Departamento Nacional de estadística (DANE) donde coincidió con el Censo Nacional de Población y Vivienda.

Se recibió de Economista en 1976, de manos del doctor Hugo Escobar Sierra.

Había trabado amistad con el joven empresario Eduardo Botero, fabricante por esa época de grecas Coldelec.

Puesto que no veía muy claras sus perspectivas en el sector oficial, se retiró con el ánimo de viajar al Ecuador, para adelantar un estudio de la plaza, con miras a instalar, en ese país, una distribuidora de las grecas de su amigo.

Después de unas semanas, regresó con un plan concreto para radicarse allí en los meses siguientes.

Fue en ese interín, cuando se presentó el incendio al que nos hemos venido refiriendo.

Cuatro meses más adelante, efectivamente, se fue a vivir a Quito, donde realizó una gran labor de enseñanza de cómo se prepara un buen café, pues la forma de elaborarlo en los establecimientos públicos, francamente atentaba contra la calidad:

El dueño del negocio hacía periódicamente un café superconcentrado -una especie de tinta de café- y lo almacenaba en unas botellitas de vidrio similares a vinajeras.

Cuando alguno de los clientes solicitaba un café, le servían un pocillo de agua caliente, y le traían la vinajera para que le agregara el tinto según la concentración que prefiriera.

Obviamente la frescura, el aroma, la presentación y en general la calidad eran pésimos, de tal forma que la greca entraba a llenar un vacío enorme en el mercado de ese país.

Allí conoció a Patricia Daza, niña bogotana que, temporalmente, estaba viviendo en la misma ciudad.

Se enamoraron y se casaron en Pasto, oficiando el obispo Arturo Salazar Mejía, primo hermano de mi papá.

Luego de dos años, y ante las dificultades para renovar los papeles que le permitían trabajar allá, debió regresar a Colombia.

Aquí iniciamos un negocio en el sector de la construcción -que al fin tuvimos que cerrar-, luego trabajó en Industrias Atlantis de Colombia, después en Home Products, posteriormente de nuevo en Atlantis y finalmente se retiró en busca de hacer empresa, asociándose con Rafael Osorio, en una fábrica de galletas y tortas -Productos Don Rico-.

Hoy, tiene su propia empresa de galletas y similares, Ricuras del Rey, que maneja su esposa, mientras él desempeña el cargo de Gerente en Coomersanv de Bogotá.

Su hogar está constituido además de Patricia por sus hijas Carolina y Marcela.

Y C O M O F U E L A C O S A

Aunque, obviamente, no estuve presente durante el incendio, he hablado con amigos y familiares acerca del hecho, y es con esos datos, que procedo a hacer este relato:

Había sido un martes tranquilo -como todos los días de la semana en Salamina-.

Después de la comida mi papá había salido, como era su costumbre, a conversar con sus amigos en algún café, y de paso hacer la digestión, para no acostarse "lleno" y evitar una mala noche.

Había entrado alrededor de las diez y se había ido a la cama.

Orlando, que también daba su salidita antes de dormir, se había encontrado con unos compañeros y habían estado conversando hasta las once de la noche en Las Galerías.

A esa hora regresaron, dando la caminata hasta el parque, y allí se despidieron prácticamente en la puerta de la casa.

Orlando abrió el portón y subió las escaleras.

Todo parecía normal.

Era su costumbre, cuando llegaba, ir a la cocina y preparase una merienda, que podía consistir en una gaseosa, una fruta, un vaso con leche o una taza de aguapanela, con galletas, tostadas, torta o cualquier otro mecate.

Así pues, se dirigió a la cocina que quedaba al fondo de la casa.

Al llegar al comedor empezó a sentir unos ruidos extraños en la parte de atrás, o el "interior", como se conoce el patio trasero en las edificaciones de construcción antigua.

El ruido semejaba como si se estuvieran arrugando periódicos: una especie de traquiditos que producen las páginas al ensurullarse desordenadamente.

Supuso que alguna persona podría estar allí, y tomando las debidas precauciones, fue abriendo despacio la puerta que comunicaba con esta parte de la casa.

No había nadie, pero se veía un resplandor amarillo rojizo y el ruido se hizo más fuerte.

Pasó entonces, completamente hasta el fondo, y pudo observar cómo hacia la izquierda, dos casas más allá, más exactamente desde la casa de "Foto Gómez", salían llamaradas, pues estaba prendida por detrás, aunque por el frente todo estaba normal, pues acababa de entrar y no había notado nada en la fachada.

Rápidamente llamó a los bomberos por teléfono para informarles la novedad.

-Y la cosa está tan seria, como que justifique llevar la máquina grande? -le dijeron-.

-Vénganse con todo lo que tengan que esa casa está totalmente prendida.

-Ya vamos para allá.

La sirena del Cuartel de Bomberos, sonó tres veces, anunciando que salían a apagar un incendio.

Intentó entonces comunicarse con la casa en cuestión, pero fue imposible pues las llamas habían quemado los cables telefónicos impidiendo el contacto.

Regresó al interior y constató cómo el incendio iba en aumento.

Desde la casa del frente -por la parte de atrás-, doña Elsy Duque, con una manguera, trataba inútilmente de apagar las llamas.

De rato en rato, salía al balcón a gritar Incendio! Incendio! Incendio!, y volvía a continuar en su intento de extinguirlo.

Las pocas personas que pasaban por el frente no entendían de que se trataba, debido a lo precipitado de sus salidas, y la voz entrecortada con que hablaba.

Cuando cayó en cuenta de enviar a su hijo a los bomberos a dar la alarma, ya venía la máquina presta a entrar en acción.

Orlando pasó entonces a la alcoba de mi papá y mi mamá a ponerlos al tanto.

-Despierten que la casa de "Foto" se esta quemando!

-Cómo? Y ya les avisaste?

-No entró la llamada.

-Pues ve y tócales la puerta.

Ya voy a ir. Ustedes si quieren quédense acostados, que ya llamé a los bomberos y deben estar a punto de llegar.

Orlando llamó a la casa de Fabio Jiménez -enseguida de la que estaba ardiendo- y le avisó a Carmenza, que aunque la de ellos no estaba prendida, debían estar alerta por lo que pudiera ocurrir.

Salió a la calle en el momento mismo en que llegaban los bomberos, y se acercó a la casa, que ya, desde el parque, se apreciaba en llamas.

El fuego había empezado a quemar las escaleras, y por tanto los bomberos colocaron debajo de una de las ventanas, una lona especial, sostenida por algunos de ellos, para que las personas pudieran saltar sin hacerse daño.

El salto fue muy difícil, pero dado lo apremiante de la situación, no tuvieron alternativa.

Precisamente, por esos días, recibían la visita de una de sus hijas -Luz Helena- quien había llegado de Estados Unidos con su esposo, un corpulento gringo, que hizo exigir a fondo a quienes sostenían la lona, para que por su peso no fueran a aflojar y se golpeará en el pavimento.

Con el incendio de esta casa, se fue también el más completo archivo fotográfico de la ciudad, pues don Gustavo Gómez, propietario de Foto Gómez, había captado con su lente los acontecimientos cívicos, religiosos, sociales y en fin, cuanto de relevancia había ocurrido en las últimas décadas.

Esta fue una pérdida inmensa, que nunca se lamentará lo suficiente.

Entre tanto, mi papá, se había colocado los pantalones que se había quitado hora y media antes, y encima se había puesto la levantadora.

Mi mamá se colocó el deshabillé.

Quién creyera que horas más tarde, esa sería la única ropa que les quedaría!

Así vestidos, salieron al parque, a presenciar desde allí el desarrollo de los acontecimientos.

Los bomberos empezaron su labor de extinción del fuego.

Como la casa era de bahareque, con estructura y techos de madera y cañabrava -la que precisamente reventaba produciendo el ruido que a mi hermano se le antojó como de periódicos que mencioné antes- las llamas habían tomado grandes proporciones rápidamente.

Los curiosos fueron arremolinándose hasta convertirse en una gran masa.

Llegó la policía a prestar colaboración.

Los bomberos empezaron a ver los primeros resultados de su labor; poco a poco, el fuego empezó a ceder ante los chorros de agua.

Una luz de optimismo y esperanza, empezó a reflejarse en los rostros de los presentes.

Aunque no se había apagado, si se notaba que las llamas, ya no tenían la misma intensidad que unos momentos antes.

Pero sobrevino lo peor.

Se agotó el agua que tenía la máquina.

Abrieron un hidrante pero, como era muy común, no había agua.

Alguien tuvo la excelente idea de que recargaran la máquina con agua de la Pileta.

La Pila era -y sigue siendo- una preciosa fuente traída de Europa el siglo pasado con destino a Manizales, pero que por alguna circunstancia afortunada fue a parar a Salamina, donde se convirtió en ornato principal del Parque de Bolívar, en la que además retozaban patos y gansos, que hacían del lugar un sitio privilegiado para descansar la mente y el espíritu.

Sin embargo, cuando fueron a proceder, se encontraron con que había sido lavada ese día, por lo cual no tenía ni una gota de agua.

Se decidió entonces, ir a llenarla a Nudillales, una quebrada no muy lejana del casco urbano, que podía servir al efecto.

La máquina se fue y las llamas empezaron a tomar fuerza nuevamente.

Oscar Botero, jefe de bomberos -ha pertenecido a todas las organizaciones cívicas de la ciudad- se comunicó por radio desde "el alto", donde no había interferencias que lo dificultaran, con sus colegas de Manizales, Neira, Aranzazu, Pácora y Aguadas para que vinieran a prestar ayuda.

Las llamas continuaron creciendo y retomando la fuerza que habían perdido.

La casa que se estaba quemando, quedaba en medio del Banco Cafetero y la de Fabio Jiménez.

Como el banco era una construcción de cemento, las llamas empezaron a desplazarse hacia el otro lado, otra casa de bahareque, presa también fácil para su voracidad.

Este fue uno de los momentos de mayor dramatismo, las llamas "in crescendo" y la máquina de bomberos a algunos kilómetros aprovisionándose.

Para colmo de males se fue la luz, aunque las llamaradas iluminaban suficientemente bien este sector de la ciudad.

Ante la impotencia, el alcalde, Toto Cárdenas, quien ya se había hecho presente, decidió que lo mejor era dinamitar la casa siguiente para evitar que el incendio se tornara incontrolable y destruyera a Salamina.

Aunque la idea no era totalmente descabellada, entre varias personas lograron disuadirlo.

Se resolvió traer algunas volquetas del Municipio para, en reversa, actuando como arietes motorizados, tumbar la fachada, emulando, en cierta forma, la labor que se podía hacer con la dinamita.

El primer vehículo llegó y se ubicó a unos diez metros del andén.

El conductor colocó reversa y se fue acercando dándole un golpe que no hizo mella.

Nuevamente se colocó en posición y aceleró, esta vez a fondo.

El motor rugió y la mole de hierro y acero fue lanzada contra la fachada.

El impacto fue tremendo.

La casa vibró con el golpe y algunos ladrillos cayeron pero no hubo mayores daños.

Tras varios intentos se vio que era inútil.

Las viejas tapias se negaron, una y otra vez, a caer.

Se mantuvieron incólumes, aún después, cuando fueron presa de las llamas, pues entre las ruinas posteriores, solo ellas se conservaron erguidas, rodeadas de escombros y cenizas.

En estas y las otras llegaron los refuerzos bomberiles que habían sido solicitados a los municipios vecinos, y regresó también, ya debidamente aprovisionada, la máquina que había iniciado la labor.

C U A N D O N U E S T R A C A S A A R D I O

En vista de que ya se empezaba a quemar la casa colindante con la nuestra, Orlando le dijo a mi papá que lo mejor era entrar a sacar cosas por lo que pudiera ocurrir.

Así lo hicieron, pero al llegar al hall, el humo les impedía la visión y dificultaba la respiración.

Mi papá se quedó como petrificado sin saber qué salvaría.

Salió nuevamente a la calle con las manos vacías.

Entre Orlando y el diácono Hernando González, bajaron la nevera sin ayuda de nadie más, y posteriormente, entre seis personas, se vieron en calzas prietas para llevarla del parque al almacén.

Cómo se sacan fuerzas de flaqueza en los momentos cruciales!

Casi a ciegas, tiraron por las ventanas los muebles de la sala y las camas.

Fue imposible sacar el bifet (así lo pronunciamos y no quiero averiguar como se escribe), cargado de recuerdos, pues cada una de las piezas que allí reposaban tenía su historia y procedencia muy precisas; su peso impidió que lo movieran de su lugar.

Algunos amigos de Orlando entraron con él, y cargaron la mesa del comedor que era muy grande y pesada, pero cuando llegaron a las escaleras, como estas tenían un giro de noventa grados, no lograron sacarla.

De la biblioteca ni hablar.

Alguna ropa se pudo salvar, pero la de mi papá y mi mamá fue imposible, pues su alcoba quedaba un tanto inaccesible.

Cada que mi hermano volvía a entrar a recuperar algo más, mi mamá se estremecía, pues el riesgo era inminente.

La última vez que salió, lo hizo por el borde de las escaleras, pues estas ya empezaban a arder.

Del café San Fernando, en los bajos, también sacaron todos los enseres y los colocaron al frente.

Con lo recuperado de la casa se hizo un montón en el parque mientras las llamas seguían su devastadora acción.

En vista del riesgo, las demás casas del parque fueron desalojadas, y las pertenencias de sus moradores, sacadas a la calle, formándose así, una serie de montones con lo de cada familia.

Era una escena dantesca, dramatizada aún más por el resplandor de las llamas sobre los enseres, apilados frente a las casas, y acentuada por el ulular de las sirenas y las luces de emergencia que giraban sobre los vehículos de bomberos, qué ahora eran varios debido a los refuerzos llegados de las cercanías.

Para evitar el saqueo, la policía taponó todos los accesos al parque, lo qué no fue óbice para que los amigos de lo ajeno, hicieran de las suyas en medio de la calamidad.

Se le llegó la hora a la casa.

Las llamas iniciaron su ataque por el lado de la casa de Fabio Jimenez, y de atrás hacia adelante.

El incendio era incontenible y allí, al frente, impotentes, mis papás y Orlando, veían como el fuego, lenta pero inexorablemente, ganaba la partida.

Las puertas y ventanas, semejaban las bocas abiertas de un enorme fogón, a través de las cuales se veían sólo llamas en su interior.

En algún momento, durante el drama, José Manuel Mejía le entregó a mi papá un llavero, diciéndole que podía utilizar una casa que tenía desocupada, hasta tanto se organizaran las cosas.

Sin embargo, como se verá más adelante, a mi papá se le borró totalmente de su mente este pasaje, hasta varios días después.

Los bomberos se ubicaron en el techo de la casa de don Alberto Serna, y mientras unos remojaban la pared para que cuando las llamas llegaran, se debilitaran, otros empezaron a tumbar lo que podían, con el ánimo, precisamente, de complementar esa barrera al fuego que se acercaba amenazador.

Y E L A L M A C E N

Como lo mencioné al principio, el interior de la casa, prácticamente lindaba en ángulo de noventa grados con la parte posterior del almacén, que quedaba al voltear, sobre la Calle Real, o carrera sexta.

Cuando la casa fue presa de las llamas, y estas se empezaron a desplazar hacia la de don Alberto, el interior o trastienda del almacén empezó a prenderse.

Mi papá entró, y al percibirlo, optó por evacuar toda la mercancía antes de que se quemara.

Por no haber sacado oportunamente las cosas de la casa se había perdido todo, así pues, era preferible proceder con presteza en este caso.

Aurelio Castaño le puso el garaje de su casa a la orden -quedaba a una cuadra- y también Evita Villegas, le dijo que llevara lo que pudiera a su casa, también a una cuadra.

Muchas personas se ofrecieron a ayudar a trasladar mercancía y así empezó el trasteo.

Debido a que el almacén no quedaba en la plaza, y por lo tanto no estaba en calle acordonada por las autoridades, y a la oscuridad -recordemos que se había ido la luz-, que dificultaba un tanto las cosas, muchos inescrupulosos se acercaron, con el pretexto de colaborar, pero en vez de dirigirse con los productos a los sitios mencionados, se los llevaron impunemente a sus propias casas, con lo cual la pérdida fue muy grande.

Descaradamente algunos se cambiaban el calzado en el sitio, de forma que al día siguiente, el almacén estaba inundado de zapatos viejos.

Y pensar que esta situación no debió darse; las llamas no pasaron de la trastienda y por tanto el retiro de las mercancías no fue, ni mucho menos, indispensable.

Los días siguientes, mi papá, que conocía bien su almacén, vio como muchas personas -si les cabe el apelativo de tales, pues aquí se cumplió perfectamente lo de que "el hombre es un lobo para el hombre"-, se paseaban muy orondas, estrenando sin el menor empacho.

Al caído caerle.

De todas formas no todo se perdió, pues parte se guardó en los sitios que le facilitaron y otra parte nunca salió del local.

Por fortuna para José Manuel Mejía -propietario del inmueble-, este fue lamido por las llamas, pero no totalmente destruido.

Finalmente, la estrategia de humedecer y tumbar en la casa de don Alberto y doña Helena, dio resultado y allí se logró controlar la conflagración.

De ahí en adelante, la labor se circunscribió a remojar los escombros para que no se avivara el fuego, pues, por momentos, se presentaban conatos aislados que con presteza eran sofocados.

De las propiedades de mi papá, sólo quedaron las tapias de la fachada, y unas columnas de concreto interiores, que en una reforma se habían hecho para soportar el peso de la misma.

En estos ajeteos despuntó el alba y, con sus primeras luces, se pudo apreciar en toda su dimensión, el desastre por el que acababan de pasar, por fortuna, sin desgracias personales que lamentar.

Al poco rato llegamos de Bogotá y Medellín Iván y yo, como quedó consignado atrás.

O R L A N D O

El fue quien primero se percató del incendio, quien dió la voz de alarma, quien llamó bomberos y vecinos, quien salvó algunos de los enseres, en fin, quien llevó la voz cantante en la casa durante el siniestro.

Y no era para menos, pues siempre ha sido de una febril actividad, y el apoyo de mis papás desde que Iván y yo emigramos de Salamina.

Nació cuando a mi me faltaba un mes para cumplir cinco años.

Casualmente su llegada al mundo ocurrió en una de las casas que se quemó, la de don Alberto Serna, en la que habíamos vivido veinte años antes del incendio, y que hoy es propiedad de mi papá.

Fue sietemesino y durante su embarazo, mi mamá estuvo muy afectada de la vesícula.

Esos dos meses que se adelantó en su nacimiento, los ha conservado de ventaja, pues es lo que se dice: un tipo "acelerado".

Recuerdo que hice bastantes conjeturas, acerca de por cual puerta o ventana lo habría entrado la Virgen cuando llegó al mundo, habida cuenta de las explicaciones que en ese momento recibí de mi mamá, y de doña Carmen Rosa Botero, casada con un tío de mi papá, quien la ayudó mucho en esos días, y en general todo el tiempo que vivió en Salamina.

Recibió siniguales cuidados, pues a más de su condición de prematuro, padeció, al igual que yo, la terrible afección del asma, que por suerte me desapareció alrededor de los doce años, pero que desafortunadamente Orlando aún sufre, aunque no muy intensamente.

Siempre fue el "guapo" de la casa, dispuesto a liarse a puños, con quien pretendiera maltratarlo o desconocer sus derechos.

Por la época en que Iván y yo estábamos en cuarto y quinto de primaria, teníamos que recurrir a él, a la sazón en primero elemental, para que nos defendiera de los compañeros que nos molestaban.

Cuando todos los niños amenazaban a los otros con sus hermanos mayores, nosotros lo hacíamos con nuestro hermano menor.

Desde niño ha sido de una tremenda tosudez en la defensa de sus derechos.

En una época, mi papá tuvo en el almacén la representación del Correo Aéreo y, para repartir las cartas, le compró una bicicleta para que se la fuera pagando, con el producto mismo de lo que ganaba como cartero.

Pues bien, en alguna ocasión, como castigo por algo que hizo mal, le prohibió usar la bicicleta durante el fin de semana.

Su reacción fue vehemente.

-Usted me puede imponer el castigo que quiera, pero no me puede impedir montar en la bicicleta, porque yo se la pagué con el fruto de mi trabajo, y por lo tanto es mía y no suya -le dijo con su lógica implacable de estudiante de primaria-.

A propósito de bicicletas, se fue aficionando a este deporte, y tuvo algunas actuaciones destacadas en competencias municipales.

En alguna competencia, le serví de acompañante en la primera moto que tuve, aunque si mal no recuerdo me varé y por poco le toca ayudarme a desvarar.

Nunca tomó el estudio con seriedad; repitió primero, segundo y tercero de bachillerato.

En cambio ha tenido siempre un gran sentido del negocio, y una aguda visión comercial, así como un espíritu emprendedor y una predisposición a la aventura que los demás no poseemos en la misma proporción que él.

Durante esos primeros años de bachillerato, se dedicaba a negociar lo que fuera, pero principalmente relojes, hasta convertirse en un experto en este campo, pues sabe tasar desde el más económico al más costoso, y los ha poseído en todas las marcas, tamaños y estilos.

Si hoy, usted se lo encuentra en la calle, aún acabándole de conocer, está dispuesto a cambiar con una encima conveniente de cualquiera de las partes, su reloj por el suyo.

Algún día se apareció en la casa con un par de palomas que ubicó en el patio, y con los días fue convirtiendo en negocio de estudiante la venta de estas aves.

En casa no hemos sido amigos de las mascotas, pero él logró entrar un perrito, y tenerlo varios días en el patio, sin que mi mamá se percatara de ello, de tal manera que, cuando lo notó, no tuvo más alternativa que alcahuetearle su animalito.

Después de las palomas, le dio por las gallinas, montando un negocio, cuya capacidad no pasaba de uno o dos huevos diarios, en las épocas de plena producción.

Un amigo suyo, Reinaldo Toro, tenía una finca de café, y en las épocas de cosecha, Orlando salía supuestamente para el colegio a estudiar, pero realmente

se iba para la finca a coger café, para ganarse los pesos que su amigo le pagaba, como a cualquier otro recolector.

Así pues, sus avances en materia de estudio eran precarios, y a cada rato las autoridades del colegio llamaban a mi papá, a informarle de lo mal estudiante que era su hijo.

Hasta que se le rebose la taza.

Como le dijeran en la Rectoría, que si Orlando no mejoraba, le tendrían que cancelar la matrícula, él contestó que para evitarse y evitarle al Colegio esa incomodidad, él mismo tomaba la decisión de cancelársela y así lo hizo en el acto.

A mi hermano le dijo, que puesto que no quería estudiar, entonces se pusiera a trabajar, o buscara empleo, porque él tampoco lo iba a tener "de balde" en la casa.

Orlando, encantado, organizó viaje para Bogotá, donde Iván le consiguió empleo como codificador en el DANE, entidad a la que prestaba sus servicios como auditor de la Contraloría General de la República.

Al poco tiempo se retiró de allí, porque el puesto no era fijo, sino temporal, para cuando había que hacer.

Se radicó en Medellín, y aquí le conseguí puesto de vendedor, en una pequeña distribuidora de productos populares de la que era propietario Jaime Uribe, uno de mis compañeros de trabajo en Tecnoquímicas.

El pago era basado en comisiones, las que, por la naturaleza y dimensión del negocio, no eran muy jugosas, razón por la que se retiró, pues sus aspiraciones no quedaban colmadas aún.

En Salamina, tradicionalmente, había existido un negocio de alquiler de bicicletas, de Wilson Ramírez, pero como llevaba mucho tiempo funcionando, las bicicletas estaban en su mayoría en mal estado.

Orlando vio ahí una oportunidad.

Compró diez bicicletas nuevas, consiguió un local mejor ubicado que el de su competidor (a media cuadra del parque por la carrera séptima, saliendo hacia Las Galerías) e inició su negocio.

Se llamaba OR-OY utilizando letras de su nombre y apellido.

Le elaboré el logotipo, haciendo una bicicleta con las letras así: las Oes como llantas, la R como marco y la Y como manubrio, constituyéndose este en mi primer trabajo publicitario.

Desde niño he tenido afición por los asuntos de la publicidad, y por fortuna, en mi actividad profesional, he tenido que moverme frecuentemente en estos vericuetos.

Precisamente, cuando tenía el negocio de las bicicletas, se casó con Doris Osorio, quien trabajaba en Telecom, matrimonio del cual hay dos hijos: Julián David y Natalia.

Luego montó, en compañía con Abel Orozco -Aberoz- el Restaurante Los Delfines, que después se llamó Cafetería Bolívar, en esta ocasión en compañía de Ramón Jiménez.

Posteriormente cambió su mitad por una finca en la vereda Los Trojes de Pácora.

Luego de trabajar con un primo nuestro -Germán Alzate-, en la distribución de laminitas para llenar un álbum por parte de los niños en el Viejo Caldas y Valle, estuvo colaborando en el manejo de una finca de Augusto -el papá de Germán- en El Bordo -Cauca-.

La mitad de la finca la cambió a un campero y este a un bus de transporte intermunicipal que le dio bastante guerra, como se dice.

Al principio viajaba en el vehículo como ayudante, cobrando los diversos trayectos a los pasajeros que se montaban en carretera entre Medellín, Pereira y La Dorada, con lo que se aprendió como la palma de su mano los diversos recorridos entre estas ciudades.

Era muy extraño que el ayudante del bus, fuera el patrón del conductor - usualmente es a la inversa-, pero Orlando lo decidió así, para poder conocer el negocio a fondo.

Hasta que el chofer no aguantó:

En uno de tantos viajes, a la altura de La Pintada, Orlando le reclamó que manejara con más cuidado, pues venía "cajeando" con mucha brusquedad; el hombre se ofuscó, estacionó el aparato y le respondió que era él quien venía al timón, que si consideraba que estaba manejando muy mal, le entregaba el vehículo, pues ya no lo conduciría más.

Orlando le cogió la caña, lo dejó a la vera del camino, y tomó la cabrilla terminando el recorrido sin ningún problema.

A partir de esta fecha, lo siguió manejando hasta que lo vendió, luego de lidiarlo unos meses más.

Una Semana Santa la tuvo que pasar varado en carretera, privándose de visitar la casa, como acostumbramos hacerlo durante muchos años.

Sería prolijo enumerar la cantidad de negocios y cambalaches que ha hecho por lo que me limitaré a mencionar que después de muchas volteretas, compró el Almacén El Transformador a Germán Restrepo, ubicado junto al consultorio odontológico del doctor Rodolfo Angel y que luego trasladó a la Calle Real, en local de don Antonio Betancur, a media cuadra del Parque, negocio que le duró varios años, y que se constituyó en su centro de operaciones, principalmente de compra y venta de vehículos, hasta que se fue a vivir a Manizales con su familia, aunque viajando muy a menudo a Salamina, situación que persiste hasta hoy.

La compra y venta de vehículos usados ha sido una de sus principales actividades, lo que le ha llevado a constituirse con el tiempo en gran conocedor de las marcas y sus características, según el modelo, lo mismo que de los colores y letras de las placas.

Ve pasar un automóvil y de inmediato sabe que marca es, el modelo, la serie, si ha sido reformado en su aspecto externo, la ciudad de expedición de las placas, en fin, variedad de detalles que pasan desapercibidos para el observador desprevenido, y obviamente el precio de mercado.

Así pues, cada que vamos a comprar un carro, lo llamamos para que nos asesore en el negocio, pues es experto en la materia.

Y D E S P U E S Q U E

Pues bien, el día del incendio, vinieron los familiares más cercanos, principalmente los tíos, hermanos de ambos, quienes llegaron con su voz de aliento, y con ayudas en dinero que permitieran empezar a plantearse un programa para la recuperación.

Esa noche, mi papá durmió en casa de don Antonio Botero Hoyos, su primo, Orlando en la de Reinaldo Toro, el amigo en cuya finca había cogido café y mi mamá, Iván y yo en casa de don Elías Correa y doña Elena Angel.

Al día siguiente, se decidió que debíamos estar todos juntos, nos daba pena seguir haciéndonos pesados en una casa, y salió mi papá, a ver la forma de solucionar el problema.

Una vez en la calle, se encontró con Diego Peláez, quien de la forma más atenta, le ofreció una casa que tenía desocupada:

-Hombre Hoyos -así acostumbraba tratarlo- yo tengo una casita desocupada hace meses en el sector del Hipódromo; si le sirve, con mucho gusto se la presto sin ningún costo, hasta que se puedan reorganizar en forma; aunque no es ni sombra de la que se le quemó, puede servirles provisionalmente.

Mi papá le dió las gracias y le dijo que hablaría con mi mamá a ver qué se hacía.

Ella reaccionó como era de esperarse, con agradecimiento y resignación.

-Alabado sea Dios, ayer la casa quemada, y ahora ya tenemos donde ir a vivir, hoy mismo nos mudamos.

Efectivamente, ese mismo día nos trasladamos luego de agradecer la hospitalidad que nos habían brindado los Correa Angel, quienes nos insistían en que no nos fuéramos.

Era una casita pequeña, de ladrillo y guadua, sin revoque, ubicada en la calle 5 con carrera 9, cerca al Estadio Manuel S. Gómez, sector que tradicionalmente se ha denominado El Hipódromo; prácticamente quedaba al frente del kinder Santa Teresita.

Estaba muy abandonada, pero era muy acogedora.

En un santiamén estaba organizada, pues eran muy pocas las cosas que se habían salvado de las llamas.

Mientras salimos a comprar un fogón, Olga Correa llevó desayuno y algunos elementos básicos para la cocina.

A partir de ese momento, durante los días y las noches, se sucedieron las visitas de todo el mundo, en la más emocionante muestra de solidaridad, de aprecio, de desprendimiento, en fin, fue un testimonio continuo de lo que es la gente de Salamina.

La casa era insuficiente para albergar las visitas que se sucedían unas a otras.

Todos llegaban con presentes:

Ollas, vajillas, sacos, camisas, pantalones, ropa interior, zapatos, mercado, muebles, adornos, dinero, en fin, cuanto se pueda imaginar, fue llegando a la casa de manos de los amigos que se presentaban a hacer visita, a llevar consuelo y obsequios, a hacer compañía, a orar, en general a darnos aliento y apoyo en esos momentos.

Todo lo que se diga, es poco para expresar la forma como se comportó la gente en los días siguientes.

Desde las familias más humildes, hasta las más encumbradas, colaboraron en la medida de sus capacidades, para hacer más llevadera la nueva situación.

Por esos días, mi papá andaba preocupado con unas llaves que no eran suyas, sin saber ni de quién eran, ni dónde se las había encontrado, hasta que le preguntó a mi mamá qué sabría al respecto y luego de mucho pensarlo, recordaron que eran las que José Manuel Mejía le había dado durante el incendio, para que ocuparan una casa que tenía disponible, pero que como quedó dicho atrás, había olvidado hasta ahora, cuando ya estábamos muy acomodados en la de Diego Peláez.

Entre mi papá y Orlando iniciaron la remoción de escombros, que más bien consistió en llenar un vacío al fondo del lote nivelándolo con la parte que daba a la calle.

Negoció con los tres vecinos, los de los lados y el del fondo, franjas de tierra que permitieron darle al terreno forma rectangular, pues hasta ese evento era muy irregular.

No faltó el oportunista que ofreció una suma irrisoria por el lote -más vale no mencionar su nombre-, mientras todo el mundo se había volcado a colaborarnos.

Mi papá decidió que no lo vendería, a pesar de que hubo también algunas ofertas muy llamativas.

Ahora la disyuntiva era si reabrir o no el almacén.

Optó por terminar de vender la mercancía que había quedado del saqueo y dejarlo cerrado.

Separó lo que aún no le había pagado a los proveedores, para hacerles una devolución y quedar a paz y salvo con ellos.

Organizó una venta-realización, que bautizó "La Quema", exhibió en la vitrina algunas prendas con precios ridículamente bajos, mientras los que estaban adentro los rebajó un poco pero cuidándose de que continuaran dejando algún margen de utilidad y abrió las puertas al público con la consigna de que no se empacaba nada, sino que el cliente debía llevar su propia bolsa, y embalar él mismo lo que adquiriera.

Cuando cayó la noche el almacén estaba completamente desocupado.

En un día lo había vendido íntegro.

Hasta ese día tuvo almacén. Nunca volvió a funcionar.

Jairo Sierra, caballista también, le regaló un precioso caballo para que lo rifara.

Mi papá le iba a colocar un precio relativamente bajo a las boletas, para que se vendieran sin problemas y para que los compradores no se sintieran pagando mucho por ellas.

-Usted no puede salir a pedir limosna -le dijo Jairo-, pero todo el mundo va a venir a comprarle la boleta para la rifa por el interés de ayudarlo, y no precisamente porque sea cara o barata.

Efectivamente, se vendieron todas las boletas, y todas fueron pagadas por los adquirentes, excepto una.

Fuera del lote, le quedaba el carro, y resolvió venderlo para ir completando los dineros que necesitaría para acometer la reconstrucción.

Sin embargo entre Mario Angel y Saúl Echeverri lo disuadieron de que lo hiciera.

-Si ese carro -le dijeron- fue lo único que se salvó, no vaya a salir de él, que de alguna forma saldrá adelante; si es del caso nosotros le ayudamos a sostenerlo, pero tiene que conservarlo. No solo le va a ser útil, sino que, además, contribuirá a mantenerles el ánimo y a que no caigan en una depresión, ustedes que han estado acostumbrados a tener carro toda la vida.

Así pues, con los recursos generados por estos conceptos, construyó una ramada en el lote y le compró los muebles del café a don Julio Hincapié para volver a montarlo, creando una fuente de ingresos mientras pudiera reconstruir la casa.

Pero aquí surgieron otros problemas:

Empezaron a ejercerse presiones sobre la alcaldía -especialmente procedentes de salamineños que vivían en otras ciudades-, para que no se permitiera la construcción de la ramada, con el argumento de que reñía con la arquitectura de la ciudad -en lo cual tenían razón-, pero no se detenían a considerar que sería un montaje temporal que, precisamente, debía generar recursos para levantar una edificación adecuada.

Así pues, un buen día, los trabajadores pararon porque la autoridad lo ordenó.

La reacción de mi papá fue inmediata.

-Sigán trabajando, que yo asumo la responsabilidad por lo que ocurra.

Cuando llegó el capitán de la Policía con sus hombres, él se encerró en la construcción, ordenó a los trabajadores que siguieran sus labores y se enfrentó resueltamente a la autoridad, posiblemente por primera y única vez en su vida.

-Yo quiero hacer las cosas bien, quiero hacer una casa que armonice con las demás, pero necesito producir con qué hacerla. El gobierno no me está dando nada -a pesar de que lo había prometido-. No me puedo quedar cruzado de brazos. Esto es lo único que me ha quedado después del incendio. Estoy viviendo en una casa prestada. Me asiste el derecho a trabajar. Pueden estar seguros que haré una construcción decorosa en la medida de mis capacidades -como efectivamente lo hizo más adelante-, pero no voy a parar ahora. Si quieren llévenme preso pero no daré la orden de suspender.

Ante tal determinación, y posiblemente recapacitando sobre la injusticia que estaba a punto de cometer, el oficial, optó por dejarlo en paz.

-Cómo se arreglaban los conflictos en esa época!

Elíney Francis, aún éramos novios, elaboró los planos para construir una casa que ocupara la mitad del lote, pues por sus dimensiones, permitía que con el tiempo se levantara una edificación similar contigua.

A los pocos meses se inició la construcción y se desplazó el café a la otra mitad del lote.

Este fue otro período complicado, pues a la dificultad para dirigir la obra y manejar los obreros, hubo que agregarle la lidia de los parroquianos que, todos los días, opinaban cómo iba la obra y cómo se debía continuar, lo que le generó algunas discusiones y disgustos con no pocos.

Entre tanto, una noche, el doctor Olegario Quintero y Javier Londoño, llamaron a mi papá al Club y le dijeron que ellos iban a pagarle el arriendo de una casa mejor situada y más cómoda, hasta que estuviera en condiciones de pagarla él mismo, o hasta que terminara la construcción o, en fin, hasta que fuera necesario; que doña Carmen Teresa, la mamá de Olegario, lo había llamado a decirle que hiciera algo para que Bertha -mi mamá- pudiera cambiarse a un sitio más seguro.

Así pues, unos meses luego de vivir en la casa de Diego, nos pasamos a vivir a una de Ubaldo Martínez, sobre la carrera séptima.

De aquí salimos a estrenar la que se acababa de construir ocupando la mitad del lote, la misma en que aún viven.

Días después se inició la construcción de la segunda, con una distribución similar a la anterior, y al poco tiempo se habían construido dos casas, que si bien no eran en bahareque sino en cemento, respetaban a grandes rasgos la arquitectura de la ciudad, cumpliendo así la promesa a la autoridad de que la ramada sería transitoria.

Con el correr del tiempo, Orlando y Doris compraron la que había sido vivienda de Fabio Jiménez, y mi papá la de don Alberto Serna y doña Helena Henao.

Nunca volvió a tener Almacén, hoy se dedica a tertuliar con los amigos y sube todos los días a una finca de recreo "El Edén", que adquirió posteriormente a cinco kilómetros de la ciudad, jurisdicción de La Palma, en la que no faltan los caballos que tanto le han gustado, y la que lo mantiene en forma, con una envidiable vitalidad, y disfrutando un poco, luego de haber luchado por muchos años.

Este evento fue definitivamente superado por la familia, y hoy, con el correr del tiempo, podemos tratarlo con serenidad, mirándolo como un hecho que afianzó aún más nuestra unión.

Fue el ejemplo vivo que nos dieron nuestros padres de cómo, con entereza, solidaridad, fe y dedicación, se puede salir fortalecido de la adversidad.

A P E N D I C E

Para ilustración del lector, me he tomado la libertad de transcribir el artículo titulado "Salamina", que formó parte de la serie "Anatomía de Ciudades", publicado en El Espectador en Junio 7 de 1977, y escrito por el arquitecto Alberto Mendoza Morales.

S A L A M I N A

Salamina, vetusta toponimia: antiquísima ciudad de Chipre, fundada 3.000 años A.C. por Teucro, después de la guerra de Troya; isla griega, donde Temístocles derrotó a Jerjes, el persa; también municipio del departamento del Magdalena. Salaminita, caserío del municipio de Pivijay, en el mismo departamento.

Salamina, ciudad del departamento de Caldas, al norte, antes de Antioquia. Abundan en su región fuentes salinas, unas 47, entre ellas La Pila, Peña Rica, La Calera. -Deriva Salamina su nombre de estos salares?

Salamina, ciudad andina, sita sobre un domo cordillerano primero llamado Sabanalarga, después Encimadas, a 1775 metros de altura sobre el nivel del mar, con clima paradisíaco de 19 grados centígrados, a 76 kilómetros al norte de Manizales (2 horas), pasando por Neira y Aranzazu, comunicada por carreteras con Medellín, San Félix-Marulanda, La Merced-La Felisa sobre el río Cauca, con aeropuerto a medio comenzar.

Salamina la pueblan 12.136 habitantes (DANE/73) que en 1964 eran 14.263 agrupados en 2.230 familias, alojadas en 2405 casas. Se sabe que hay más Salamineños por fuera. Se agrupan en colonias en Bogotá, Medellín, Manizales, Pereira, Armenia. Han sido famosos sus juegos florales, sus concursos literarios. Cuenta con 9 millones de pesos de presupuesto en 1977, que en 1973 eran 3.5 millones.

Salamina, "Ciudad Luz de Colombia", "Atenas Caldense", "Nido de ingenios". Ganadera, lechera, papera, panelera, cafetera. Epicentro de la colonización antioqueña en el primer cuarto del siglo pasado. Sitio difusor, expansivo. Apoyo para fundar otras ciudades de similar estirpe. Salamina, "Madre de Pueblos".

Salamina, antiguo territorio de Posóes, de Armas. Y de Chamberíes con su jefe Sanguitama. Miembros todos del pueblo Caribe. Tempranamente desaparecidos. Sus riscos sirvieron de escenario a esenciales episodios de la colonización antioqueña, odisea cimera de la nación colombiana.

HISTORIA

De Rionegro y Marinilla, Antioquia, parten hacia el sur oleadas de campesinos. En 1787 "nos lleva a este movimiento la pobreza", dicen. Y explican: "Pobreza en bienes materiales y falta de tierras para cultivar, para construir nuestras casas". Inmensos territorios, en efecto, "están en una cabeza. Hay tiranía de propietarios sobre colonos", dice en la época del Oidor Mon y Velarde. Peregrinos del siglo XIX se desgajan de sus lares. A la miseria y la explotación prefieren lo desconocido. Fundan a Sonsón. Siguen hacia el sur. Fundan a Arma.

En 1817, José Antonio Jaramillo Ruiz, explora lo que primero llaman Sabanalarga, luego Encimadas, donde después quedará Salamina. Lomo cortado abajo del río Chamberí. Pasan 7 años. En 1824 avezados colonos-exploradores con su familia, llegan al sitio. Agricultores pobres. Son los fundadores: Fermín López, un

descubridor nato, Juan José Ospina, le da el nombre a Salamina, Carlos Holguín, Francisco Velásquez, Nicolás y Antonio Gómez. Entre los fundadores se citan también a José Hurtado, José Ignacio Gutiérrez, Nicolás Echeverri y otros. Lo primero que hacen es la roza de la comunidad cementera de la que vivían todos.

Mientras estos aventureros heroicos, y muchos otros, exploran y fundan, gravita sobre su épica acción un factor paralizante: las tierras tenían dueño. Carlos IV las había concedido al español José María Aranzazu. Las pidió luego de recorrerlas en mula. En 1800 salió de Rionegro, pasó el río Arma, vadeó el Pocito, transmontó el páramo de Herveo, salió a Mariquita y subió a Bogotá. De las tierras tomó posesión en 1824 su hijo Juan de Dios Aranzazu. Contó que su padre al ir de Rionegro a Bogotá "cojería por ahí en un alto con un anteojo, y cuanto alcanzó a ver con él, vino y lo capituló". Dentro de ese latifundio quedarían los actuales municipios de Salamina, La Merced, Aranzazu, Filadelfia, Neira, Manizales. Quedaron así, unos buscando tierra, el otro cuidándola como patrimonio propio.

La fundación de Salamina, sus primeros meses fueron movidos. Por el enfrentamiento entre los colonos y el dueño de la tierra. Salamina tuvo que ser reconocida primero, por un fiscal de la gobernación de Antioquia, por el gobernador, por el obispo de Popayán bajo cuya jurisdicción eclesiástica quedaba entonces el rastrojero. Hasta que finalmente fue reconocida por el Gobierno Nacional, mediante decreto ejecutivo firmado por el entonces presidente de la República, general Francisco de Paula Santander, el 8 de junio de 1825, fecha oficial de la fundación de Salamina. Era la época de la Gran Colombia, y un "año glorioso de nuestra historia".

Solo en 1829 se empieza la repartición de solares entre los fundadores. Consecuencia del "convenio" suscrito entre Fermín López en representación de los colonos y Elías González en representación de Aranzazu, del cual era tío materno. Trazan la población Francisco Marulanda y Elías González; Juez poblador, José Ignacio Gutiérrez, agrimensor, Juan José Ospina. No llevan libro de entrega de tierras. Elías González "se mete en todo". Pagará en 1851 con su vida, las consecuencias de difíciles litigios sostenidos en toda la región. Lo matan con escopeta cerca de Neira, ciudad que él fundó. Los colonos se lo quitaron así de encima.

Entretanto en Salamina, Fermín López está en desacuerdo con los procedimientos de González. Opta por irse de la población. Con su familia. "Como nuevo Moisés" explorará amplia zona del Viejo Caldas. Fundará a Santa Rosa de Cabal. Salamina se convirtió en eje de la colonización. Desde ese risco se fundan Filadelfia (1840), Neira (1842), Santa Rosa (1843), Manizales (1848), Aranzazu (1851), Pensilvania (1866), La Merced (1891), Marulanda (1877), San Félix (1899). El salamineño Jesús María Ocampo (a. "El Tigreiro"), funda a Armenia (1899). La colonización antioqueña llega hasta Sevilla, Valle "Avanzada más meridional" de ese movimiento.

Fundada Salamina llegan muchas personas de Sonsón. En su entusiasmo se van hasta sin pagar cuotas que tenían asignadas como contribución para pagar la construcción de la cárcel y la casa capitular.

Se desgranar los años. En 1828 los labriegos habían sido sorprendidos con la noticia del atentado contra Bolívar en septiembre. En 1842 se instala el primer cabildo. 1854, el batallón Salamina, al mando del general Braulio Henao contribuye a derrocar al general José María Melo. 1869 nace el general y estratega Víctor Manuel Salazar. 1893 llegan las Hermanas de la Presentación. 1897 fundan la "Tertulia Literaria" y el Banco de Salamina. 1901, Lorenzo Mejía y Gregorio Patiño editan "El Remo", primer periódico local. 1905 Salamina pasa a formar parte del Departamento de Caldas, creado por el General Rafael Reyes.

1914, un incendio azota la ciudad. 1922 llega el primer automóvil. En 1929 el primer radio. 1940 el presidente Eduardo Santos visita la ciudad. Hacia 1950 comienza la migración boyacense y el cultivo de papa. 1967 el presidente Carlos Lleras Restrepo visita a Salamina, plantea el fortalecimiento de los municipios. 1977 (mayo) se incendian casas en la plaza principal, se quema el principal archivo fotográfico de Salamina.

En un poco más de siglo y medio Salamina se vuelve fragua de personalidades. Poetas, abogados, militares, juristas, médicos, escritores, sacerdotes, políticos, ingenieros, periodistas. De todo da en abundancia. Cosecha significativa, presente en la vida de la nación, por ellos y por sus hechos. De ahí que en su bambuco, Bernardo Mejía Gutiérrez hable de Salamina como "Palenque de justas grandes", "de los hidalgos escuela".

EL MUNICIPIO

Salamina, municipio arrugado, "de sembrar con escopeta". Desplaza 376 kilómetros cuadrados luego de que le segregaron el municipio de La Merced, al occidente, de reciente creación; lo rodean, además, Pácora, Aguadas, Pensilvania, Marulanda, Aranzazu, Neira. Ocupa climas paramunos y fríos en su mayor extensión, y medios y cálidos. Lo riegan los ríos Cauca, Chamberí, Pozo, Pocito, Arma, Maybá. Comprende 14 caseríos, 1 corregimiento, dos inspecciones de Policía. Cuenta con dos concentraciones rurales, Cañaverál y Tigre. Y con "Las Acacias", experimento cooperativo de alcance internacional. Lo habitan 25.591 personas (Dane /73), municipio con potencial minero (oro, mercurio, cal, hierro, caolín, manganeso), ganadero, leche en lo frío, carne en lo cálido. Agrícola, produce (Dane /69), caña (48.000 toneladas al año), papa (14.600), plátano (5.168), café (2.346), maíz (950), Yuca (840), Fríjol (48). Mantiene 25.595 hectáreas en cultivos permanentes, 5.000 en cultivos temporales, 16.000 en pastos.

LA CIUDAD

Salamina, "cima de abrupta y tozuda sierra". Ocupa el extremo de largo contrafuerte cordillerano, donde la loma se precipita vertiginosamente hacia la profunda hendidura por donde, escondido corre el tutelar Chamberí. Desplaza 1.500 hectáreas, le calculan 23.000 habitantes, los asedia galopante erosión contenida en parte por espectaculares obras ("obras egipcias"). Se organiza la ciudad en torno a una plaza central (de Bolívar) adornada por poderosa fuente central, de hierro, hecha en París, acentuada por la iglesia de la Inmaculada, joya arquitectónica diseñada por William Martín (Mister Martín), protestante y masón, iniciada por Francisco Antonio Isaza Escobar, "cura excusador", labradas sus maderas (altares, púlpito etc.) en el taller del maestro Tangarife. De calles rectas, ortogonales, angostas, onduladas, entre paramentos que aportan casas típicas de la colonización, de dos pisos, muros de tapia, anchos, tejas de barro, alero y balcón propicio que le asignan notable coherencia urbanística y arquitectónica. Calles que tuvieron nombres como las de Medellín: Ayacucho, Junín, Palo, Carabobo, Bárbula. También Zea, San Mateo, Bomboná, Tarqui. Hoy tienen números. Se destaca la Calle Real, "promenade", paseo peatonal, larga, concurrida, activa, llena de vida, en parte de pecado. Ciudad de cultura, hay varias bibliotecas privadas bien provistas, 5 bibliotecas públicas, entre ellas la "Jaime Mejía", Teatro Municipal, periódico "El Salamineño", Casa de la Cultura, varios colegios: Instituto Salamina con más de 100 años, La Presentación, Pio XII, La Normal, Instituto de Comercio, Vocacional. Club Chamberí. Ciudad comercial con amplia Plaza de Mercado, Hotel Sanguitama, tres empresas de transporte, Sideral, Casalópez, Cooperativa Norteña. Con algunas artesanías e industrias. Con inusitado cementerio dividido en tres partes: el de

los ricos, muro de por medio el de los pobres, muro de por medio "el muladar" para suicidas y otros muertos, ya cerrado.

Salamina, urbanismo andino, arquitectura de colonización, ciudad rancia, "se funda donde están sus hijos", que "la aman desde todas partes".

LOS SALAMINEÑOS

Grupo antioqueño. Salamineños, "lo representan con todos sus vicios, con todas sus virtudes". Guerreros, agricultores, poetas. Espada, espiga, pluma, como en el escudo. Inteligentes, brillantes. Intelectualmente inquietos. Conscientes de sí mismos. Con afán de superación. Emulan entre ellos. También tradicionalistas. Pegados a la Iglesia. "Son los de Sonsón pero aquí". Orgullosos de su tradición, de su historia. De sus apellidos. De su ciudad. "Mucha heráldica". Clasistas a fondo aunque no racistas. De círculos cerrados. Al club entran no por dinero, por dinastía. Dominantes. Rebeldes. Quieren imponer sus puntos de vista. Salamineños, solidarios, hospitalarios, prácticos, tranquilos. "Para morir necesitan cinco días". "Duros para colaborar". Agudos críticos. Amigos del aguardiente, de la parranda, del juego. "Mucha gente no es de aquí". La reciben bien. "Pero si ascienden se les recuerda que no son de aquí". Están esparcidos por todas partes. "Donde se juntan dos Salamineños no se habla sino de Salamina". Conversadores, no se amedrentan, donde llegan entran y hablan. "Más entradores que nigua Salamineña". Sin sentido de prioridades: carecen de acueductos, de vías, de equipos de bomberos, por importar lujo, emprenden aeropuerto. Comen macana (caspiroleta), huevos al vapor, panelas de naranja, kumis con cuca.

Salamineñas, bonitas, airoosas, elegantes, a la moda, dominantes, "no se dejan llevar bailando". Se meten en política. "Son base en los directorios políticos". "Sin ellas los jefes serían cadáveres políticos". De alto espíritu cívico. Se llaman por el nombre de solteras. Sutilmente manejan al marido.

Usan extensamente el apodo que lo hereda la familia: Cachiporro, Cachito, Chirrisplín, Toto, Aguapanelas, Cacho, Garrapatero, Tomate, Yono, Cachazas, Tornillo, Pajarito. Pueblo rico en personajes típicos: Juan Flautas ("D'eso tan bueno no dan tanto"), Chepa, Domitila, Polonia, "Timoteo viejo feo", Manuel el carbonero. Y Mimo, mandadero, chismoso, contaba a las señoras lo que hacían los señores.

Cuna de altas personalidades. En vano hacer aquí lista completa. Se citan, de muestra, algunos nombres. Entre los desaparecidos: Emilio Robledo Correa, Joaquín Ospina, Juan Bautista López, Fernando Duque Macías, Carlos y Ricardo Tirado Macías, Luis Alzate Noreña, Agripina Montes del Valle (poetiza excelsa), Jaime Mejía, Juan Duque Tobón, Jorge y Daniel Henao, Eusebio Robledo. Entre los actuales: Aurelio Tobón Mejía, Rodrigo Jiménez, monseñor Rubén Isaza, monseñor Arturo Salazar, monseñor Carlos Isaza Mejía, Mario Mejía Llano S. J. Y son más los que se quedan por fuera. Pues los Salamineños "se han mostrado dignos de su eponimia", como dijo el profesor López de Mesa.

Notas: Guillermo Duque Botero: "Historia de Salamina", (dos tomos), 1974, 1976. Otto Morales Benítez: "Testimonio de un Pueblo", imp. Banco de la República, Bogotá 1962. Francisco Duque Betancur: "Historia del Departamento de Antioquia", Ed. Albon-interprint, 2a Ed. Medellín, 1968. Leonidas Amaya: "Apuntes y Cachos Salamineños", Biblioteca de Autores Caldenses, Imp. Deptal de Caldas, Manizales, 1975. Corporación Nacional para el Desarrollo de Salamina, Estatutos, Bogotá, 1972.